

POEMAS

de

Ronald Kay

ARTE POÉTICA

I

En el imperio de la palabra, esculpiré, oscura
la materia, que amando y así muriendo y naciendo, se com-
[pone
como blandos besos amamantándose en la miel de los pechos
o como bancos de moluscos en las mesetas marinas
o como enjambres astrales en la colmena de la noche
o como la matemática del polen en la ecuación del ovario
o como todo fundiéndose en un solo ritmo magnífico,
en esa masa de duros encuentros golpearé, yo también
[materia,
moribundo naciente, marea en la resaca del tiempo
golpearé como un árbolbarco en el oleaje del viento el ritmo
de mis ramas y raíces, multiplicando la tierra en imágenes
como la muerte, mujer que en su fecunda entraña
amasa la materia en la fiesta temporal
como en la muela del molino el amarillo trigo
se aumenta en millonaria, panificante harina.

Así la palabra
después del paso de las cosas por su rebelde alfabeto
como por las batidas sábanas sudorosas de los burdeles
pasa el rudo galope semental
después de la lujuria de los labios ultrajando sus órganos
después de los torrentes y temporales de su tumultuoso uso
restará lavada
como la torturada cama de las corrientes
donde laja, piedra, tierrarroca
reciben en su gastada dura blandura
en sus urgentes grietas, en sus curvas maduras
con la sed y costumbre con que la mujer recibe al hombre
al derramado raudal de rodantes cosas.

II

Palpo en su polen la paz
yo que como el pan de los muertos:
en la harina del horario
pululante locura de muchedumbre
de manadas de melones de
cajas y cajones
de tomates y tarros y rieles
de trénesluz y violentas vides de vino
siento sentía sentiré
cómo adonde
compro ropa zapatos botellas
ropa compro:
sí, un río de rumbos interminablemente
me raja: barriles
rodantes de miembros, rodeando
acercado, abrazante abrazador

infinitamente rodeándose reventó
desparramando la sangre en un chorro
de granos y surcos en
un fecundo rito germinal:
así bandadas de momentos y muslos
enlazados en alas descomponiéndose en
vuelo de magníficos rayos se componen
como abejas en enjambres labrando
las rosas de la miel.

III

Siempre cita contigo tengo, muerte,
y nuestras faenas de amor son
formidables fiestas de fogatas
en el crepúsculo caliente de la fiebre
sí, en las camas de las calles
de las frutas en los cauces
sobre una podredumbre de
plantas y turquesas
en amargas mariposas de óxido
nos abrazamos sumergidos y besamos
como dulces labios en el lujo de la luna
así contra la noche tu cuerpo
como un horno abres uniendo
constelaciones en el rumor de tus caderas:
de casas y colores, de golondrinas y dolores
de tumbas y ciudades
de cementerios de olores y flores de perfume
de niños y hacia, de escuelas y cómo
de por qué y por qué
de solo y solo y

solo
y un río de brazos y bocas y vamos:
así entre los cúmulos de tus cópulas
en el vino de tus besos
siembras un constante cambio
de placeres y frambuesas
de carne y dolor.

IV

Desde la muerte, madura amante
emerge la medida y el orden:
en un inmenso matrimonio de materia
su caliente abrazo matemático
mide limita y forma el canto de los cuerpos:

así desde lo más ínsito
desde donde todo se compone
donde todo se abarca y acaba
donde todo se comprende en su cabal corporeidad
como la noche desde la aurora
donde todo se desintegra en destino
desde ahí miro y canto:

sí, desde la muerte mantengo la mirada
argamaso como ella inunda con su tierra
la metáfora que como la mar acumula
el ritmo hasta que surge el sonido
que resume en la rompiente
donde en el más límite la luz se hace agua
donde todo revienta y se raja

como en el rugido del calor arroja
la fruta en su ruptura la semilla:
como una voz
en la rompiente resume de lo concreto
caballo-concha-barca viento-jinetecometa
cosas que se encarnan en el flujo de los besos
el común órgano de los orígenes: el movimiento
que cual madre amamanta la múltiple boca de las cosas
como la tierra reposa en la remota muerte de la rosa.

V

Hacia
como una ría de tierra
mi lengua galopa
hacia
como una lanza líquida mi lengua
hundiéndose y locura y ordena cual arado
los surcos, mi lengua
luz desparramándose
cual alas de abejas en el panal
hacia
como una campana descocada: hacia hacia
de esmeralda espada
pesada y verde pululante
de emergientes y brotantes árboles
espada
se sumerge sangrienta en la telúrica patria
desde su tacto, magnífica marea,
plasmando manos máquina y semilla, hacia
y las ciudades de los besos.

VI

De los rodantes rostros de las rosas y rocas
de los labios vegetales que tiemblan en el aliento del viento
de manadas y bandadas
de corceles de espuma de piedra y trigo y
fluir y corriéndose y mezclado y formándose,
de una rambla interminablemente
donde la lluvia agotándose en besos
de amapolas zapallos y astros
y del hombre en ese relámpago de voces
que cual potrolluvia cruza aquel caudal de luz
como un oído ordenándose en los frutos del sonido,
sí, del hombre, que en un orden sobre
dentro simiente y piedra y fuego
sobre la tierra construye
su casa de frutapiedra y palabra
y hundiéndose con su reja
con su ritmo abriendo la tierra
como las vulvas en el cálido vórtice de la sangre
cual cardumen los lugares del desove invade
cual sol al amaranto,
un territorio de espigas y huesos
de hierro fundiéndose entre miles de manos
como un río de palomas sobre aladas olas,
irguiendo desde madres metalúrgicas
instrumentos solares:
un reino de raíces inunda,
un maderamen que racimo de limo y luz
en puertas palas barcas ondula y
en la copa pura del fuego
donde desde astrales lagares manan

amapolas y poleas y átomos solares:
ruedas que realizan la ruta
del rutilante sueño de la sangre,
sí, del hombre forjándose en sus fraguas
de solsticios y equinoccios:
en máquinas moviéndose
en la pleamar de estrellas zapallares
en la monarquía de la noche y del día
pleamar del horario de agua atmósfera y tierra
moviéndose
ala de plata, agrícolas manos
canto carnal, de hélice viento
moviéndose
fundir, hacia, haciéndose
adentro, hacia, abriendo
hasta confundiendo, siempre orden y marea
desde, dónde, incluyendo siempre
acabando y siempre surgiendo
en una parra lengua, en una uva voz
en un sonoro racimo de bocas
sí, del hombre
de sus hondas horas
y un romance de ruedas en los ojos
canto.

A V E F É N I X

a M. L. A.

I

Siglos hace, vocerío y encajes
que magras manos irguieron de adobe
el caserío — ajeno y soberbio

entre la azul viña y los ocasos.
Su sombrío sueño urdieron cansadas
en los muros del blanco laberinto
de galerías pilares y aleros,
y en la resistencia del fierro
las flores forjaron que guardan
aún la sombra detrás del vidrio opaco.
Lo que esos ojos añoraron se hundió
con el cadáver que en moscas y noche
se desgajó bajo el férreo rigor
de la canícula y de la soledad.
Mas con señorío imperó la casa
sobre la sucesión de padres e hijos
que entre la estricta cal de sus paredes
buscaron oscuros la hebra y entraña
de su destino mientras desde afuera
el valle entró solar por la ventana
y con los zapatos la húmeda tierra
con su olor a lluvia, fruta y estiércol.

II

Como un naufragio encallado en la aurora
yergue contra el embate de los días
su gastado perfil, su derruida
rosa que despacio en la noche se hunde.
De los restos de trizados tejones
del musgo que muerde el cimiento
de una viga quebrada en el vacío
del moho que dilapida sobre el hierro
sus mariposas, de la fuente muda
que en su seco oído marmóreo

rememora el acuático murmullo,
de la apretada pátina manchada
del enjabelgado y del azul añil
a la que el líquen y la polvareda
han añadido su agria escritura
lentamente al palimpsesto del tiempo,
coligo al cementerio que se llevó
en la ceniza para siempre los ojos
las palabras que en la faena, el oro
y la guitarra absortos, olvidaron
vencerse y hacerse contra el olvido
y al recoger por entre las reliquias
y los escombros la nocturna rosa
me arrasa su sonido marchitado.

III

Ahora que caminamos unidos
como el perfume de magnolios, lirios
mezclado y hortensias por los senderos
que hogaño por el caótico combate
de enredaderas se pierden y arbustos,
oh amada, y miramos la detenida
rueda de un carretón y el oxidado
cerrojo de una puerta y en el polvo nos
adentramos, como un sonido somos
que el silencio descifra de los muertos.
Así en la música de nuestras bocas
nuestras lenguas que locas se debaten
—dardo de fuego, amapola de sangre—
en ceniza se consumen, en polvo
se derrumban, mas en esa destrucción

nos besamos el lodo y la sangre
los huesos nos tocamos y la entraña
y en la presencia viva de la muerte
la luz irrumpe sonora en la alcoba
y oímos un griterío de remotos
niños: tu voz repetida, mi voz.
Por la casa se funde y rueda nuestra
efímera imagen que permanece
mientras la noche penetra la estancia
y el jardín en un revuelto aroma
de establo y ciruelas recién caídas.

C O R R A L 1 9 6 6

(Puerto Austral asolado por el cataclismo de 1960)

a Tita y Federico Schopf

Donde el vendaval toca rojo el mudo badajo
de la carnosa campana de un gladiolo y arrastra
desde el mar, pesadamente, encima de la fiebre
verde de los helechos y fría su herrumbrada
cadena de sal, su caliente viscera, ahora,
de la que viscosa y negra sangra y suena un hedor
a congrio descompuesto, de manzana un áspero
sudor, su turbia agua y lúgubre donde pútridos
cascos se golpean de madera que humedece
la marea, mástiles rotos, muelles hundidos,
que en su gastado pulmón, su boca gangrenada
repara con su aliento de removida tierra
como al zinc resquebrajado y derruido de un techo
y herido por el trizado vidrio y vacío entra
a deshabitadas alcobas enmohecidas
a abandonadas buhardillaş, a sótanos sucios
donde retumba y estrella su queja enronquecida.

No es un lugar, ni una hora y, sin embargo, mi carne
tu presencia, nuestra patria, un estado perenne
carcomiéndose, aquí, en Corral donde naufragaron
ayer el mar y lluvia y esta tierra eternamente.
Ahora al subir por los enroscados callejones
y al incorporarnos al silencio de los rostros
que nos miran como si casi no existiésemos
detrás de ventanas atestadas de macetas
o desde un azadón o de un almacén vacío
es como si algo supieran que desconocemos
como si poseyeran la muerte como un arma
una herramienta con que en cada día se cavan
su morada, como si en sus ojos se asomara
el mismo mar y la misma tierra buscándose
en su incontenible y constante naufragio, es como
si fuesen una ausencia permanente siguiendo
al marido, hija o abuelo idos, y los mensajeros,
a la vez, que nos guiaran a nuestros túmulos
mientras nosotros tratamos, no en vano, deletrear
la efímera rosa que nos une para siempre.

Aquí es solo un muro desmoronado, pedazos
de porcelana o tu cabeza sobre una tumba
inclinándose y ahora es una madera corrupta
un viaje inexorable por lápidas tumbadas
por el oscuro aroma que sube de los muertos
desde un sarcófago o un caballo pastando en medio
de las cruces trituradas o el mar que circunda
este camposanto y devora con su inmanencia
nuestra mirada como un agua infinitamente
desatándose, y se necesita la ceguera
de los días futuros y el granero y las anclas

del antaño para saber entre tanta piedra
dislocada la ruta y el destino o simplemente
comprender de nuevo mi mano en tu mano o la hierba
profusa que pisamos. Son grúas desprendidas
son calderas abolladas, ruedas son por aquí y allá
enormes estructuras de fierro retorcidas
tuercas son, engranajes oxidados que incrustó
de la usina cercana el oleaje en el costado
del cementerio que se desplomó, piezas de proa
entre las urnas desparramadas y sepulcros
y son ahora los gansos que buscan su comida
en medio de las ruinas, hortensias y tus pasos
y es el verano en que nos hundimos con la muerte
en la boca en búsqueda de sus frutos al irnos
lentamente por esta playa en tanto que el viento
se enreda en la bandera que sobre la reliquia
imbatible de un fuerte español se agita y lucha.

